

MEDEA Y JASÓN

El divorcio más violento de la historia

La historia de cómo se desarrollaron los acontecimientos en Corinto se narraba desde antiguo en Grecia, con pequeñas variantes. Eumelo, en el siglo VII a. C., ya nos contaba en sus "Corintiaka" la historia de la pareja. Parece claro, por tanto, que en siglo V a. C., cuando Eurípides escribe su famosa tragedia "Medea", cuya variante tanto influirá en el arte posterior, la leyenda estaba perfectamente fijada. El único punto de discrepancia era el cómo morían los vástagos de la pareja: si asesinados por los corintios, por un rito religioso de su madre que pretendía hacerles inmortales, o en medio de un cruel infanticidio por el cual pretendía vengarse del que había sido su pareja.

Texto: Ana Valtierra

*Doctora en Historia y Teoría del Arte
Universidad Autónoma de Madrid*



Tanto Hesíodo como Píndaro hablan de Medea y Jasón como una pareja feliz en sus inicios. Se conocieron cuando éste llegó a Colcos junto con sus compañeros, los argonautas, a buscar el

vellocino de oro. Afrodita le insufló entonces un amor loco a Medea por Jasón. La hija del rey Eetes, el reino que custodiaba tan preciado tesoro, y una de las hechiceras más prestigiosas del mundo griego, quedaba así irremediablemente enamorada. Como gran conocedora de un gran número de filtros y encantamientos, ayudó a su galán a superar todas las pruebas necesarias para conseguir el objetivo que buscaba: domar toros que vomitan fuego; sembrar un campo con dientes de dragón o matar a los gigantes que nacían de esa cosecha. Una vez vencido al dragón que custodiaba el tesoro, y obtenido éste con grandes dificultades, huyeron a Corinto.

Es este perfil de hechicera uno de los más usados por la tradición pictórica occidental para representar a Medea. Waterhouse (1907) es un buen ejemplo no sólo para ver la visión que se tenía de esta mujer, sino también de la pareja. Ella, sentada a la izquierda y con gesto decidido, sostiene una copa con la mano izquierda, en la que va a verter con la derecha una pócima. Jasón, a su derecha, es un personaje que tan sólo mira. Efectivamente, ya desde la antigüedad, se le representa como alguien débil. Incluso en ocasiones, necesita encaramarse a una mesa para coger el vellocino, frente a la grandeza de Medea tal y como se les encarna en un relieve de la Basilica sotterranea di Porta Maggiore (I d. C.). Una persona que sin las artes mágicas de Medea jamás hubiera conseguido tener éxito en sus propósitos.

La llegada a Corinto de la pareja significó su fin. La ambición de Jasón por prosperar política



Carl van Loo (1760)



John William Waterhouse (1907)

y socialmente, le hizo aceptar la mano de la joven Glauce, la hija del rey Creonte. No sólo eso, si no que no puso ningún reparo a la decisión del monarca de exiliar a su anterior compañera, Medea. La prestigiosa hechicera fue así traicionada por el hombre al que amaba, al que había ayudado en todo. No pudiendo soportarlo, urde su venganza.

La historia de cómo se desarrollaron los acontecimientos en Corinto se narraba desde antiguo en Grecia, con pequeñas variantes. Eumelo, en el siglo VII a. C., ya nos contaba en sus "Corinthiaka" la historia de la pareja. Pare-

muerte. Para ello decide privarle de lo más querido que tiene: su descendencia. Efectivamente, para un hombre griego, éstos eran su bien más preciado, puesto que estaban destinados a cuidarles en su vejez y darle sepultura. Su trama comienza enviando a sus hijos con regalos para Glauce: una corona de oro y un peplo impregnados con veneno que tenían una doble trampa, puesto que "morirá malamente todo el que la toque" (Eurípides, Medea, 788). De esta manera, no sólo fallecía Glauce, sino también su padre, el rey Creonte, al intentar ayudarla. Perecía así tanto la futura esposa como el suegro de Jasón,

Medea urde castigar a Jasón de la manera más cruel, algo peor que su propia muerte.

Para ello decide privarle de lo más querido que tiene: **su descendencia.**

ce claro, por tanto, que en siglo V a. C., cuando Eurípides escribe su famosa tragedia "Medea", cuya variante tanto influiría en el arte posterior, la leyenda estaba perfectamente fijada. El único punto de discrepancia era el cómo morían los vástagos de la pareja: si asesinados por los corintios, por un rito religioso de su madre que pretendía hacerles inmortales, o en medio de un cruel infanticidio por el cual pretendía vengarse del que había sido su pareja.

Si nos centramos, por tanto, en el relato de Eurípides, Medea urde castigar a Jasón de la manera más cruel, algo peor que su propia

que había intentado exiliarla. Fue este dramático momento el que representó el inglés Francis Cook (1953): Glauce ardiendo por los efectos de las pócimas impregnados en las dádivas corriendo hacia la fuente, ya monumentalizada, a la que buscaba tirarse desesperada para aliviar su dolor. Su padre, a la izquierda, que la toca, será el siguiente en perecer. La princesa se había intentado liberar desesperadamente de la corona, pero había sido inútil. Cuando más se sacudía la cabellera, más ardía en fuego. (Eurípides, Medea, 1190). Esta fuente que Cook pinta, no sólo se muestra a día de hoy

en Corinto, si no que cuando Pausanias en el siglo II llegó allí, todavía se enseñaba como el lugar en el que se arrojó la princesa en medio de la desesperación de poder librarse del veneno que la estaba matando.

La venganza de Medea no terminó aquí. De manera fría, y razonada, decide matar a sus hijos. Su nombre ya nos da indicios de cómo funcionaba su cabeza. Ella es "sabia" (del griego médomai, pensar), en el sentido de que domina la téjne, el arte de la magia y la persuasión. Por eso consigue llevar a cabo un plan y consumar una venganza. Pero también se ha convertido en nadie, alguien nulo, sin importancia (de médeia, nadie, ninguno, nulo). Era una extranjera en Corinto y encima mujer, su condición era insignificante.

Medea va a matar lo más querido para ella, sus hijos, con un fin muy claro. Conseguiría que



Eugene Delacroix (1838)

Jasón "ni verá de ahora en adelante a los hijos vivos que de mí tuvo, ni engendrará niños de su nueva mujer" (Eurípides, Medea, 803). Es decir, con la muerte de Glauce y de sus propios hijos, culminaba toda posibilidad de descendencia de su antiguo amor. Son el fruto de su vientre, el acto más importante que una mujer griega podía hacer en vida. Matrona y hoplita son los dos estadios que debían alcanzar la mujer y el hombre respectivamente para acceder a su identidad social. Pero Medea consideraba que era más heroico el parto de una mujer, que la lucha en combate de un hombre, y lo exponía abiertamente; Necios! Preferiría tres veces estar a pie firme con un escudo, que dar a luz una sola vez". (Eurípides Medea: 250-251). Pero se sobrepuso al dolor que le producía matar a sus

propios hijos pensando que con su muerte podía evitar que fueran ultrajados en tierra enemiga y que haría que Jasón pagara su culpa.

La antigüedad clásica representó con asiduidad el momento mismo del infanticidio, con toda su crueldad y sin omitir detalle alguno. En un ánfora campaniense de figuras rojas del Pintor de Ixion proveniente de Cumas y datada del 330 a. C., podemos ver cómo Medea, a la izquierda, clava por la espalda una espada a su hijo, que se encorva por el dolor. De la herida, surgen dos chorros de sangre. La pintura posterior, sin embargo, fue menos específica y prefirió en general omitir este momento. Sí conservamos ejemplos, como el dibujo de Nicolás Poussin conservado en la Biblioteca Real del Castillo de Windsor, en el que Medea ya ha matado a uno de los niños, y sostiene a otro por el tobillo, al que va a asestar el golpe mortal. Detrás, hasta la mismísima escultura de Atenea se tapa con el escudo la cara

de una espada, sostiene en su mano izquierda un puñal. De la mejilla de los pequeños surten lágrimas, que hacen que la pintura conmocione más vivamente al espectador. O bien el después, como en el caso de Giovanni Benedetto Castiglione (1616-1670), con la hechicera sentada, con la espada tendida en su mano izquierda, y su hijo ya muerto a sus pies.

Una vez asesinados sus hijos, y con el fin de evitar represalias, Medea huyó en un carro tirado por serpientes que Helios, su abuelo, le había proporcionado. Este dios solar gobierna en un país misterioso y sin nombre: Ea (en jónico significa tan sólo Tierra). Su esposa es Perse, "la destructora", sobrenombre de las tinieblas y la magia, relacionada con los muertos y la luna en su estado más fatal. Estos son datos

La tradición de la historia Medea tiene más de diez siglos de duración, que hicieron que se fuera recomponiendo a medida de los gustos de cada época. En el caso de la narración del ático Eurípides, este hecho es crucial. Su representación se llevó a cabo en el 431 a. C. Se estrenaba, por tanto, unos meses antes de que el ataque tebano a Platea desencadenara la Guerra del Peloponeso, que posteriormente tendría su inicio oficial con la invasión del Ática guiada por el rey espartano Arquidamo. Como paso previo y para justificar la guerra, la Asamblea espartana había votado que Atenas había roto el Tratado de los Treinta Años. Esos pactos tan importantes en los que insiste una y otra vez Medea que ha violado Jasón. Medea es bárbara (extranjera), como se reitera una y otra vez en

Una vez muertos sus hijos, y con el fin de evitar represalias, Medea huyó en un carro tirado por serpientes que Helios, su abuelo, le había proporcionado.



Giovanni Benedetto Castiglione

cruciales, puesto que el Sol y la Luna eran para los griegos de época clásica algo propio de los pueblos bárbaros (extranjeros), es decir, lo que era Medea. Jasón la alcanza, produciéndose una discusión abierta entre la expareja. Medea le incrimina "¡Oh niños, cómo habéis perecido por la locura de vuestro padre!". Jasón responde que "no los destruyó mi mano derecha". Cierto, "si no tu ultraje y tu reciente boda". Así los representa Carle Van Loo (1760), en plena disputa. Ella a la izquierda sobre el carro de serpientes sostiene un puñal y una antorcha. Jasón, sobre la escalinata, la increpa con una espada. Los hijos de ambos, uno sobre otro, víctimas inocentes de sus problemas y ya ajenos a tales conflictos, yacen muertos en el suelo. Son numerosas las cosas que se echan en cara. Medea le acusa de "haberla injuriado con respecto a la cama", "nos traicionaste y adquiriste nuevos lechos"; "haber traicionado los pactos que tenían ante los dioses"; y se lamenta de que "ninguna marca hay en el cuerpo de los hombres con la que sea posible reconocer al malo". Jasón, por su parte, se defiende diciendo que desconocía estos pactos, pone a Afrodita como única responsable de que consiguiera el vellocino de oro e invoca a Erinia (la venganza) y la Justicia para que la castiguen.

la obra, porque "no existe mujer griega que se hubiera atrevido a esto". Sin embargo, los espartanos, contra quienes luchaban, si mataban a sus hijos en determinadas circunstancias. Se insiste en su audacia y sus excesos. Medea es por tanto extranjera, de sexo femenino y "leona, no mujer, de natural más salvaje que la tirrénica Escila" (Eurípides, Medea, 1344). Cumplía por tanto los tres requisitos por los que, según Tales de Mileto, no podía estarle agradecida a la Fortuna: "en primer lugar por haber nacido humano y no animal; en segundo, por haber nacido hombre y no mujer; y en tercero por ser griego y no bárbaro".

Aquel 431 a. C., Eurípides tuvo que conformarse con el último puesto del certamen. Esta muestra de la escasa aceptación que tuvo la obra entre sus contemporáneos contrasta notablemente con el éxito posterior de la tragedia, en todas sus manifestaciones artísticas. Eurípides, retomando una larga tradición, confeccionó una historia y construyó una reputación terrible para una mujer cargada, eso sí, de una riqueza dramática que pocas veces ha sido igualada. Medea y Jasón no dejan de ser, sin embargo, el ejemplo más dramático de la separación amorosa más terrible que el genio humano en su imaginación **jamás concibió**.

para evitar ver el horror que se está cometiendo. Lo más común, era elegir la angustia del antes, como en el caso de Eugène Delacroix (1838). En su pintura, una Medea semidesnuda mira hacia detrás mientras sostiene a sus hijos que intentan escabullirse de los brazos de su madre. En vez



el pitaco
restaurante

Cocina española de mercado

Avenida de Badajoz, 25 -28027 (Madrid)

Reservas 91 403 88 62

A 500 metros del Tanatorio de la M30